

Los caminos del ADN

Al llegar a los veinte años te daban el primer aviso. A los veintitrés ya habías agotado dos avisos más y el sistema de paridad, controlado por el ordenador del Gobierno ya te había asignado esposa. El índice de éxito en los matrimonios era del 99,98%, un éxito absoluto. Los datos que el inmenso centro de computación cruzaba tenían que ver con toda tu vida, desde tus calificaciones, a las películas que veías, informes de padres, elección de amigos, test psicológicos. Todo.

Me resistí todo lo que pude hasta agotar mis avisos. Tuve una entrevista con mi amable tutor ciudadano y me hicieron ver el vídeo sobre orientación familiar, matrimonio y ciudadanía. Era la cuarta vez que lo veía.

En nuestra sociedad todo el mundo parece ser muy feliz, los matrimonios están muy unidos, los hijos son modélicos, todos son ciudadanos productivos y todo el sistema funciona. Cada uno sabe lo que tiene que hacer, desde niño te han orientado a tu profesión, escogido tus planes de estudios. Nadie está insatisfecho, porque de alguna manera el sistema hace que tú encajes en tu proyección de futuro, sean tus estudios, tu trabajo o tu esposa, todo está hecho como un traje a medida: encaja. Y eso me tenía aterrado.

A mí me escogieron para completar los ciclos universitarios superiores. Profesor universitario, investigador. Mi especialidad es literatura de los siglos XIX, XX y XXI. Se necesita cierta sensibilidad artística, así que desde niño recibí auditorías de refuerzo con psicólogos y mis padres fueron orientados para tener un hijo que con doce años leía dos libros semanales, a veces más. Y es precisamente por mis estudios por los que veo mi mundo bajo un prisma crítico de profunda sospecha. Bajo este manto de felicidad se encuentra una falta total de libertad. No somos humanos, somos abejas criados en complejas castas, dirigidos por un conjunto de procesadores, programas informáticos y datos.

Llegué a las diez y media a mi cita con Laura. Ella es mi futura esposa. No sé nada de ella, es parte del cortejo. Conmigo traigo un ejemplar de "Servidumbre humana", como una especie de apoyo emocional. Mi tutor me había llamado ayer para darme ánimos y contarme su feliz historia de cómo conoció a su esposa. Tanta felicidad me llena de pavor, ¿dónde está la angustia existencial?, la historia de la literatura está llena de desengaños, rupturas, historias de traición, celos, amores imposibles. En mi mundo no veo nada parecido. ¿Será que al otro lado del microscopio una raza inteligente observa su cultivo de humanos extenderse feliz sobre una placa de vidrio?.

A las diez cuarenta y cinco llegó una chica. Más joven que yo, quizás veinte años. Es morena pero tiene cierto reflejos caoba en su pelo. Viste pantalones y una blusa de tirantes, es muy

elegante. Parece nerviosa. Toma su consola y habla con una amiga. Su amiga es su apoyo emocional.

-No. no ha venido.... claro que te contaré en cuanto pueda... pero a ver ¿quien es la está más nerviosa tú o yo?... no, no ha llegado tarde, he sido yo la que he llegado antes.

No debería estar escuchando esta conversación. No es apropiado. Doy una vuelta a al edificio y decido entrar por el otro lado. Miro mi reloj, con las 10.55. No debo llegar tarde, es la cita de mi vida. Me pregunto qué criterios siguió el software gubernamental para unirme a esa chica. Ahora mismo es una completa extraña, pero pasaré los años con ella y seremos íntimos.

Respiro hondo y voy hacia ella. Parezco determinado pero en realidad son mis pies los que se mueven.

-Hola- le digo extendiendo mi mano- soy Jacob.

Durante medio segundo no sabe qué hacer, me observa sin decir nada y luego sus cejas se levantan, se relaja. Es un gesto mínimo, pero lo veo claro. Su mayor temor era encontrarse un tipo que le provocara rechazo, pero no, al parecer le agrado. En mi mundo nadie es mal parecido.

Hemos ido a cenar a un restaurante Internacional, hoy apenas hay gente y tenemos la sala para nosotros solos. Me siento deprimido. No por ella, creo que es una mujer inteligente, hermosa, llena de vida y juventud. ¿Soy un ser humano o una cría de humano en cautiverio?, ¿y si no lo soy, por qué soy el único que no celebra su felicidad?.

-Trabajo en el departamento de literatura de la Universidad, soy profesor investigador.

-Vaya, uno entre diez mil, si no es indiscreción, ¿cual es tu genotipo?.

-Tengo una triple Alfa en intelecto, nada sobre saliente.

-Pero qué dices, eso te coloca en una posición de librepensador.

A ella le interesa, terminó de estudiar Ciencias Económicas y comercio exterior, es una mujer de empresa, lleva tres meses trabajando en la una corporación que aglutina a empresas de construcción, Mega Hoteles e ingeniería. Es un buen puesto, muchas relaciones públicas, grandes negocios. Si acaso una Alfa+, con dotes sociales, matemáticas financieras, trabajo en equipo. Tiene los ojos verde ágata, es un color que no se empezó a ver hasta hace cinco años, que fue cuando se puso de moda.

Ella es justo lo contrario a mí. Ella vive rodeada de gente, feliz. Yo soy feliz si consigo aislarme con mis libros, rodeado de personajes más que de personas. De alguna manera lo estoy haciendo bien, finjo interés y escucho, intentando retener sobre sus padres, sus estudios secundarios, su tutor, sus amigas de la Universidad.

Laura saca su consola con la agenda. No entiendo, al menos de momento.

-¡Qué bien!, estoy tan emocionada. Hoy es 10, no deberíamos de dejar para más tarde tener una reunión con nuestros padres, he pensado que quizás podríamos empezar por los míos, si

te parece bien.

-Sí, por supuesto.

-¡Gracias!, eres todo un caballero. Me pone nerviosa todo esto, así podré ir haciéndome la idea. ¿No te parece que va todo un poco rápido?.

Ni te imaginas lo que pienso, digo para mis adentros. Pero esta es la manera en la que se hacen las cosas en mi mundo, no en el siglo XIX, desde luego. Pero a Laura se le ve feliz, y eso me tranquiliza, no soportaría ser el causante de la desgracia de una chica tan guapa. Saco mi agenda en papel y cruzamos datos. Le parece una excentricidad, pero como soy profesor lo toma como algo propio del oficio.

En diez minutos organizamos el encuentro con los padres, la fiesta de compromiso y la fecha de la boda.

Así de sencillo.

Estoy en el balcón del Hotel Terra, perteneciente al holding para el que trabaja Laura. Los empleados tienen derecho a viaje de novios y una generosa bolsa de gastos. En la universidad me dieron vacaciones pagadas. Así que se puede decir que ella corre con los gastos.

Llevamos cinco días casados.

Estoy en el balcón, bebiendo un zumo de frutas con sabor tropical. Enfrente tengo el Caribe en perfecta calma, las algas iridiscentes iluminan la Bahía con un artificial color azulado. Ella duerme en la cama de la habitación. Aún no lo he asumido todo, ni recuerdo en qué momento dí mi aprobación.

A la ceremonia acudieron ciento cincuenta invitados, la presidieron nuestros tutores civiles, habló el director del Dpto de Laura, el enlace lo presidió un Senador. Yo sonreía y recordaba algunas historias de bodas de las que mis novelas hablan. Si a algo se parecen las bodas del siglo XIX a este organizado y metódico mundo es a una ceremonia sintoísta, todo serenidad y reverencias. En esta sociedad la familia de acogida no tiene protagonismo, sino nuestros tutores civiles, es con ellos con los que crea un vínculo, nos orientan de acuerdo a la ruta de nuestro ADN, nos dan a escoger de acuerdo a las habilidades de cada uno. Me emocionó cuando mi tutor, Tom me felicitó y me puso en la solapa la hoja arbolmetal. Él ha sido, en un sentido más real, mi verdadero padre, antes de que naciera conocía mi mapa genético, él diseñó mi plan de estudios, mis actividades extra académicas, ha sido mi confesor y mi psicólogo. Por mi perfil propenso a la melancolía mi tutor tiene experiencia en psicoterapia, ha sabido encauzar mis crisis y hacer que un tipo como yo sea un productivo profesor y consultor cultural, en lugar de un suicida. Su trabajo debió costarle.

Desayuno en silencio, como a mí me gusta. En mi atril tengo abierto "El jugador" de Dostoyevski. No puedo estar más identificado con Ivanovich, el protagonista, siento la misma angustia que él, la misma esclavitud. Y a la vez, siento un secreto placer en la infelicidad que

Ivanovich tiene. Es un lujo disponer de tanta libertad como para arruinar tu vida, un lujo que aquellos que seguimos los senderos del ADN no tenemos.

Laura sale del dormitorio poniéndose un pendiente. Es optimista y tiene una energía capaz de comerse el mundo. Esa empatía y amor por la gente la hace adorable, pero si miro bien dentro de ella encuentro algo que no es natural, ese optimismo continuo, ese feliz afán de superación y servicio, sencillamente es algo que ha sido impreso en ella, grabado en su interior. Me saluda con un rápido beso en la mejilla.

-¡Hoy va a ser un día maravilloso cariño!- dice. No sé si sabe que es lunes, pero seguramente le de igual, está feliz de ir a la Corporación a cerrar acuerdos de miles de millones.

No sería capaz de reconocer la desgracia ni aunque la viera delante. Pero debo de dejar de pensar eso, o empezaré a verla como una abeja más en la colmena y no como un ser humano.

Salgo de casa a la cápsula de transporte. Repaso mis notas sobre los románticos del siglo XVIII. Tengo clase a las nueve con los alumnos de tercero. No lo he dicho pero me encanta el espíritu atormentado de los románticos. He intentado explicárselo a algunas personas y nadie me ha comprendido. Sólo mi tutor fué capaz de escucharme con interés mientras describía el auténtico espíritu romántico. Con una suave sonrisa de complicidad me dijo:

-Tienes en tu espíritu romántico las huellas de tu padre.

-¿Mi padre?- le dije extrañado, mi padre, un químico de cincuenta y dos años, me escuchó durante diez minutos sin entender nada y me mandó a hablar con mi tutor.

-Tu creador, aquel copió su espíritu y lo puso en tí, un genetista maestro, un poeta solitario, como tus héroes románticos.

Mi tutor siempre sabe qué decir para hacerme sentir que no estoy solo en esta colmena.

Mi clase la componen quince chicos de diecinueve años. Los chicos parecen nadadores olímpicos, las chicas otro tanto. Esa nueva generación viene preparada para la carrera espacial. Son aplicados y todos han leído el temario y la selección de lecturas, están organizados como equipo, con su líder, etc... en esta sociedad no hay lugar para los individualistas.

Los primeros quince minutos los empleamos en repasar por turnos lo aprendido. Leemos unas cuantas citas y tenemos un turno de preguntas.

-¿Qué sentido tiene el individualismo para el pensamiento romántico?- la pregunta la hace Joel, un chico con leves rasgos asiáticos, su ficha indica que tiene un genotipo dominante, es un líder de campo, carrera militar, jefe de ingenieros.... cualquier cosa que implique liderar y el trabajo físico.

-¿Qué quieres decir?- le pregunto.

-¿No es... antisocial?, es decir, ese énfasis en el individuo, ¿a qué conduce?, no es... constructivo.

Observo a sus compañeros. Están de acuerdo con su líder. Han leído el material, pero no comprenden el espíritu romántico. ¿Debería esforzarme en que lo entiendan?, sé que es una batalla perdida antes de que empiece.

-Ok, todos habéis leído que el romanticismo es una reacción contra el clasicismo- todos asienten mientras explico- ellos estaban cansados de los imitadores de los cánones, querían crear algo nuevo, original, libre de las imposiciones.

Miradas de extrañeza.

-Soltadlo, ¿qué pasa?.

Mónica levanta la mano. Le doy paso.

-¿Y qué tiene de malo el trabajo en equipo?, lo que quiero decir es ¿cómo esperan crear algo nuevo sin la ayuda de los demás?.

Recuerdo cuando leí "El peregrino ruso", un clásico espiritual del cristianismo. En una ocasión un comunista lee la parábola del hijo pródigo, no entiende la historia, lo único que le sorprende es que el padre de familia tenga una finca propia, ¿no se la expropió el estado?. Su visión marxista le impedía ver nada más. Así son estos chicos, su visión colectivista de una sociedad perfectamente organizada les impide asimilar conceptos clásico inherentes al ser humano.

-Al menos- sentencia Gael- el romanticismo fue superado por el progreso.

Todos se muestran satisfechos. Cuando salen pienso: vaya clase de romanticismo. ¿Así que la conclusión es que hemos superado el romanticismo gracias a nuestro capitalismo de equipo y la organización de la sociedad?. Tres hurras por los escritores románticos. Descansen en paz.

A la noche cenamos en casa. Laura ha preparado unos linguini al Pesto deliciosos. La matriz de la casa ha preparado un ambiente acogedor, de luces bajas y música suave. Los paneles muestran distintas imágenes, un fuego crepitando, un bosque iluminado por la luna. Sé que es una ilusión, pero me hace sentir bien.

-Dime, ¿cómo te ha ido el trabajo?.

Bueno, todo era perfecto hasta ese momento. Miro mi tenedor y los restos de pesto salpicando el plato. Respiro hondo.

-Bien. Ha ido bien.

Es difícil contrariar a mi esposa. Es demasiado pro activa, nunca ve dificultad o debilidad, sólo oportunidades. Pero es mi esposa y me conoce, de hecho me conoce tan bien que una vez más, me sorprende.

-¿Qué ha pasado?- me dice mirándome fijamente- venga, sabes que me lo puedes contar todo.

Sí, pero no lo entenderías nunca. Ya he pasado por esto antes, es como explicarle el romanticismo a unos atléticos estudiantes .

-Esta mañana hemos tratado en clase el romanticismo- le explico- es un movimiento que surge en el siglo XVIII, individualista, creativo... se resisten a las normas que el clasicismo imponía, en pintura, en poesía, en casi todo.

-Qué horror- me dice tomándome de la mano- ¿cómo pueden incluir cosas así en los planes de estudio?.... ¿qué?, ¿qué he dicho?.

Madrid, 12 de Septiembre de 2.011.

Escrito por Julio Martínez MorenoDávila.

www.vidasenred.com

Publicado bajo licencia



Los caminos del ADN por [Julio Martínez MorenoDávila](#) se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported](#).

Basada en una obra en docs.google.com.

Permisos que vayan más allá de lo cubierto por esta licencia pueden encontrarse en www.vidasenred.com.